



Crítica de Teatro

"RIO ABAJO":

El Sórdido Micromundo de Griffiero

Ramón Griffiero ha venido desafiando las convenciones dramáticas desde los comienzos de su trabajo como director, y en su última obra, "Río Abajo", escrita y dirigida por él, plasma una forma que parecía irrealizable sobre el escenario: la simultaneidad de acciones múltiples.

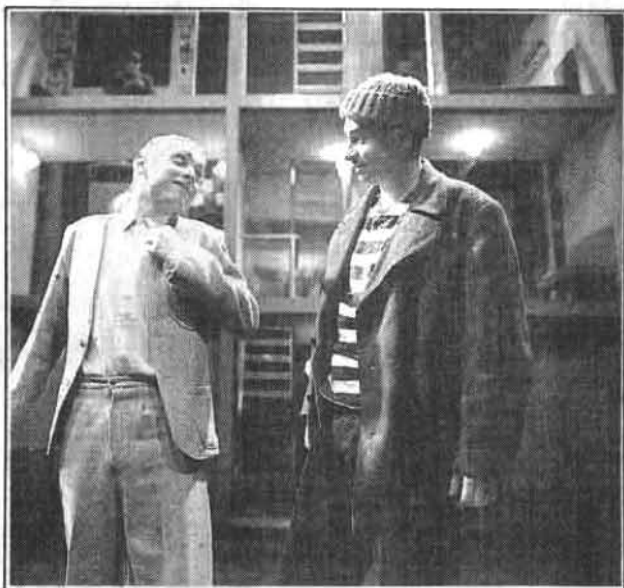
"Río Abajo", segundo estreno 1995 del Teatro Nacional, es un reto a la continuidad, principio de todo relato. Lo que en rigor parece propiedad de la pintura, de la música y del cine, como es la sincronía de la acción, es decir, la percepción simultánea de varias escenas, se experimenta en el teatro, y el público participa de seis cuadros básicos mostrados al mismo tiempo, que a su vez, se abren a infinitas relaciones, constituyendo así una historia multiplicada, donde el concepto de protagonista pierde su lugar, para hacer de cada personaje una pieza fundamental del todo.

Lo que ha sido un recurso cinematográfico frecuente utilizado por Griffiero, como son el recuadro y los diferentes planos, adquiere aquí una plenitud formal lograda especialmente, en la composición del espacio. El escenario se vuelve un cuadrado dividido en seis, que, en términos realistas, se traduce en un block de departamentos ubicado "rio abajo" del Mapocho, donde vive un conjunto de personas que representan un segmento de la sociedad.

La obra se enfoca en seres pertenecientes a un reducido cargado de connotaciones sociales y también políticas; algunos podrían considerarse prototipos locales y marginales chilenos y otros habitantes de cualquier lugar urbano del planeta. Lo que si es claro es la intención de reunir a éstos y no otros personajes, en torno a una situación única de máxima precariedad y violencia.

En estos departamentos viven un ex CNI y su hija, una viuda de detenido desaparecido y su hijo, una gorda solitaria, un fotógrafo gay, una mujer dueña de un quiosco y un traficante de drogas. La convivencia y vecindad pasa por distintas fases, gacillada por dos fuerzas definidas: el sexo y la droga, ambas generadoras de toda suerte de transgresiones y ultrajes, que Griffiero redime, finalmente, con la amistad, último bastión dentro de este sórdido micromundo.

El ritmo se asemeja al video clip, con un montaje riguroso en la coordi-



El logro de "Río abajo" en el plano formal lleva a cuestionar el fondo.

nación de las escenas que alternan la virulencia y el sentimentalismo, de manera de sorprender y remecer al espectador en todo momento. Priman el cambio, la velocidad, el corte y la fugacidad de las situaciones, que en definitiva, se resumen en la degradación de una buena parte de los personajes.

Cualquier reflexión del texto queda desechada por las circunstancias o por el cliché, como ocurre cada vez que el río se convierte en metáfora y el lenguaje persigue la poesía. Este propósito, que da título a la obra, no sólo resulta incoherente, sino que cae en obviedades imperdonables. Los intentos de transformar al Mapocho en un protagonista y salvador quedan encasillados en analogías y referencias gastadas que terminan por perjudicar la actuación de quienes se involucran en ese discurso, particularmente, el personaje Waldo (Ramón Llaó), que en otras situaciones encarna bien su papel.

La escenografía de Herbert Jonckers, la iluminación de Guillermo Ganga y la música a cargo de Andreas Bodenhofer constituyen elementos muy bien concedidos e inseparables de este microuniverso. El block de departamentos de sofisti-

cada construcción y diseño provoca el contraste con el ambiente social supuestamente retratado en "Río Abajo", lo que agiliza la obra en todo sentido. Escaleras, ventanas, muebles y decoración dinamizan el mundo propuesto por Griffiero; igualmente, la iluminación y la música son la base del corte y del ritmo acelerado y frenético de la obra.

La actuación femenina destaca en las figuras de Daniela Lillo y Carmina Riego. Ellas son protagonistas de los momentos de mayor intensidad dramática, como por ejemplo la escena de la pelea de ambas, una de las claves y salidas de la opresión de este medio. La sordidez de una y la candidez de la otra forman una de las relaciones de más interés.

El logro de "Río Abajo" en el plano formal lleva necesariamente a cuestionar el fondo. La radiografía social planteada por Ramón Griffiero tiene limitaciones y excesos que la hacen un género reconocible: la cruda realidad. En este caso, es una muestra que bordea, lo mórbido y de este modo nos encontramos frente a personajes y situaciones que despiertan una curiosidad momentánea, atraída por el brillo del formato.

Carola Oyarzún L.